

*Miguel de Cervantes, Eight Interludes, Everyman, London, 1996, 176 pp.*

Santiago RODRÍGUEZ GUERRERO-STRACHAN

*Universidad de Valladolid*

En la abundante y variada obra de Miguel de Cervantes, los entremeses ocupan un lugar especial, pues debieron ser escritos a finales de la década de 1580 cuando hubo un intento de programación teatral estable en Madrid. De las veinte o treinta comedias que declara haber escrito solo nos han llegado *Los baños de Argel* y *La Numancia*. Más adelante escribiría las ocho comedias y ocho entremeses que fueron publicados en 1615, y que, según reza en el título que le puso el impresor, nunca fueron representados. Los entremeses, subgénero literario común y popular en la época, le habrían abierto las puertas del favor popular con el desahogo económico que eso podía suponer, y sin embargo, en una situación que se volvía a repetir, Cervantes se quedaba a las puertas.

No es de extrañar entonces que estas breves piezas teatrales, pensadas para que fueran representadas entre obras de mayor calado, hayan tenido el favor del público permanente pero intermitente el de la crítica y los traductores. En el caso que nos ocupa –las traducciones al inglés– apenas se han interesado los traductores y las editoriales por ellos. La primera traducción del *Quijote* al inglés es de 1620 –fue además la primera versión a una lengua extranjera. A partir de ahí la recepción de la novela fue constante y estuvo acompañada por las *Novelas ejemplares* y por el *Persiles*. Resulta sorprendente el desinterés británico por el teatro cervantino cuando un buen número de dramaturgos ingleses sí que conocieron y elogiaron el *Quijote*, entre ellos Ben Johnson, Beaumont y Fletcher.

Dawn L. Smith, de la Universidad de Trent en Canadá, presenta ahora la traducción con notas e introducción de ocho entremeses para la editorial *Everyman*, lo que en cierto modo supone restituir a Cervantes su lugar entre los lectores sin que por ello haya una merma en el rigor de traducción y de edición.

A los ocho entremeses, Smith añade un cuadro cronológico de la época y una introducción en la que se repasa la vida de Cervantes en su contexto histórico y cultural, su labor como dramaturgo, y la situación social y genérica del teatro en el siglo XVI. Además añade dos apéndices; el primero recopila fragmentos de la recepción crítica de la obra cervantina, mientras que el segundo apunta una muy breve bibliografía para los interesados en el autor. A ello se añaden las notas, y las obras que ha consultado para su traducción. Lo único que cabe objetar a las ediciones consultadas es el olvido de la edición de los entremeses que el Centro de Estudios Cervantinos publicó en 1992.

Por lo que se refiere a la traducción, Smith ha adoptado un criterio arriesgado pero interesante. Desea mantener las propiedades de la lengua hablada en consonancia con el propósito de los entremeses, piezas escritas para su representación y no para su lectura – aunque dicho sea de paso, la lectura en el siglo XVI era en voz alta. Es consciente de que los patrones lingüísticos del español y del inglés son disímiles y que una aplicación automática de los mismos conduciría a un estilo forzado y falto de la naturalidad propia del original. Prefiere entonces soluciones más modernas aunque no aparezcan en el original como por ejemplo el uso de pareados donde no existen con el propósito de acercarse a las intenciones cervantinas.

La traducción plantea problemas serios, como son los nombres de los personajes, en gran medida codificados cultural –y por tanto semánticamente en español– sin una equivalencia similar en inglés. En algunos casos, Smith prefiere traducirlos mientras que en otros opta por mantener el nombre español. Aunque no fuese la mejor solución, podía haber incluido en notas al final una sumaria explicación de los nombres que no traduce para que el lector anglosajón pueda tener algunas claves interpretativas que le ayudarían en la lectura.

Por lo demás, resulta extraño al oído para un hablante de español la traducción, ya que la costumbre es leer la obra cervantina en el castellano del siglo XVII, mientras que la traducción se efectúa al inglés contemporáneo con la consiguiente pérdida de la lengua de la época –pero es la única solución aceptable, pues una traducción al inglés del siglo XVII incurriría en errores fatales, de algunos de los cuales si no de todos ya avisó Jorge Luis Borges en “Pierre Menard, escritor del Quijote”–, pérdida que se deja sentir incluso en las mejores traducciones del *Quijote*, por otra parte.

En resumen, la traducción de los entremeses y su publicación en la mencionada editorial tienen su valor, pues acerca al público de lengua inglesa una parte importante, aunque a veces dejada a un lado, de la obra de Miguel de Cervantes. Lo hace gracias a una edición rigurosa y bien traducida, pese a los problemas que plantea un texto del Siglo de Oro de las letras españolas, con una introducción y notas que ayudan y no entorpecen a la lectura.